

Manuel Sacristán: un desarrollo orgánico del comunismo clásico al ecosocialismo

JOAQUIM SEMPÈRE

Profesor jubilado de Sociología de la Universidad de Barcelona, exdirector de *Nous Horitzons* y miembro del consejo editorial de *mientras tanto*

RESUMEN: En el centenario del nacimiento del filósofo Manuel Sacristán hay que recordar a una figura que ha tenido una influencia indudable en la izquierda española, aunque menor de la merecida. Su formación lógica y epistemológica le dio instrumentos para abordar con rigor todos los asuntos, y entre ellos el pensamiento revolucionario, y superar esquematismos estériles. Su aportación substantiva más innovadora fue descubrir el ecologismo, que le sirvió para elaborar un diagnóstico de la crisis del comunismo soviético como parte de una «crisis de civilización» compartida con el capitalismo. Ambos sistemas se han asentado sobre un metabolismo viciado por el divorcio entre especie humana y naturaleza. La salida solo puede basarse en que la humanidad reconstruya la sociedad respetando una naturaleza que es la base misma de su existencia: construyendo un socialismo ecológicamente sostenible y valorando la austeridad frente a la desmesura consumista.

Este año se conmemora el centenario del nacimiento, en 1925, de Manuel Sacristán Luzón, además del 40 aniversario de su defunción, en 1985, pocas semanas antes de cumplir los sesenta años de edad. En la izquierda española es una figura conocida, pero menos de lo que merece. Esto se explica en parte por el ninguneo de la cultura oficial, pero también porque dejó poca obra escrita.¹ Su influencia ha sido más bien de un tipo que podría denominarse

¹ *Las ideas gnoseológicas de Heidegger*, Barcelona, Crítica, 1995 [1959]; *Introducción a la lógica y al análisis formal*, Barcelona, Ariel, 1964; *El Orden y el Tiempo* (ed. de Albert Domingo —



socrático. Dejó —a través de sus clases, seminarios, conferencias, traducciones, etc.— una influencia difusa de amplio alcance, entre centenares de personas que se acercaron al comunismo y al marxismo gracias a la potencia y el prestigio de su pensamiento y de su testimonio político-moral personal.² Todo esto hace de él una figura clave para el pensamiento revolucionario, el marxismo y el ecosocialismo en España.

La escasa extensión de su obra escrita se explica porque la discriminación franquista en su vida académica le obligó a ganarse la vida con traducciones; y su pertenencia al PSUC y el PCE le obligaba a dedicar muchas horas a la militancia en detrimento de su trabajo intelectual. Tuvo la oportunidad de desarrollar en Alemania (donde estudió lógica) o en Italia una vida académica que le habría permitido dedicarse a la investigación, pero se lo impidió su opción moral de dedicar gran parte de su vida al servicio de la lucha, en coherencia con su visión del compromiso político del intelectual.



Imperativo de rigor intelectual

74

Su trabajo intelectual al servicio de la causa comunista no entrañaba para él ningún tipo de instrumentalización del pensamiento. Tenía muy claro que solo se puede acertar en la práctica sociopolítica con un conocimiento veraz de la realidad, y que en el movimiento comunista el pensamiento marxista y leninista se había transmutado en una doctrina esquemática que a menudo era más un obstáculo que una ayuda para comprender la realidad. Luchó contra esa perversión del pensamiento de Marx, Engels y Lenin. Su formación filosófica le había llevado a conocer y cultivar la lógica y las distintas corrientes del pensamiento analítico y del positivismo lógico, que eran en sus manos un arma potente contra la estrechez de la escolástica «marxista-leninista» de los manuales con que se formaba a los militantes. Esta exigencia iba ligada a

— Curto), Madrid, Trotta, 1998; y una recopilación de escritos ocasionales o breves en la colección «Panfletos y materiales», en 4 volúmenes: *Sobre Marx y marxismo*, *Papeles de filosofía*, *Intervenciones políticas* y *Lecturas*, editados en Barcelona por Icaria entre 1983 y 1985. En esta misma editorial, *Pacifismo y ecología*, en 1987.

² Una gran parte de sus intervenciones públicas están al alcance del público gracias a la inestimable labor de recopilación y publicación en forma de libros efectuada por Salvador López Arnal, que ha recogido apuntes, esquemas y notas de conferencias y clases, y también transcripciones de intervenciones verbales, a veces con los debates posteriores. Para una visión de conjunto de su vida y obra, véase mi trabajo «Manuel Sacristán: una semblanza personal, intelectual y política», en *mientras tanto*, 242 (febrero de 2025) [de acceso libre en www.mientras-tanto.org]. Véase también en *mientras tanto*, 243 (marzo de 2025), Alfons Barceló, «Noticia y recuerdo de Manuel Sacristán». En el 245 (mayo de 2025), de Enric Tello, «Manuel Sacristán: ¿el primer marxista ecológico europeo?». Y en el 247 (julio de 2025), de Jordi Sancho Galán, «Manuel Sacristán y el movimiento universitario».

la preocupación por no autoengañarse: por ejemplo, con falsos diagnósticos más basados en el *a priori* doctrinario que en la observación sin anteojeras de la realidad; ni con falsas esperanzas de victoria no avaladas por el razonamiento bien informado. Un resultado de esa actitud fue la manera desinhibida con que abordaba a los clásicos del pensamiento revolucionario: no como profetas cuyos escritos fueran Sagradas Escrituras intocables, que se citan como fuentes indiscutibles de autoridad, sino como autores tan expuestos a la crítica como cualesquiera otros, capaces de ayudar a observar y pensar la realidad social de cada momento histórico (que no tiene por qué coincidir con la que esos clásicos vivieron y estudiaron).

Un ejemplo de la higiene que entrañaba esa actitud de rigor intelectual se puede ver en la distinción que hacía entre conocimiento y acción o decisión práctica. Citaba a menudo la frase de Einstein de que «no se puede demostrar científicamente que no se deba exterminar a la humanidad». Se trata de órdenes distintos de razonamiento: el orden del conocer y el de la decisión de actuar. Esto no significaba, para Sacristán, que la esfera de la acción sea irracional. Creía que hay argumentos racionales de plausibilidad que justifican la decisión moral —que siempre es posición de fines, no conocimiento de hechos—, distintos de los argumentos de validación propios de la ciencia empírica y, no digamos ya, de los propios de ciencias formales como la matemática y la lógica.

Pese a la fase de hegemonía capitalista que empezaba con la contrarrevolución neoliberal de principios de los ochenta, Sacristán mantuvo la llama revolucionaria, convencido de que tarde o temprano resucitaría la actualidad de la revolución *debido al carácter destructivo del sistema capitalista*. «Mientras tanto» (de ahí el nombre que se adoptó para la revista fundada por él en 1979 y que aún existe, hoy en formato digital) había que resistir y conservar la cultura comunista para los momentos del futuro en que fuera necesario (y posible) volver a luchar por la libertad; o dicho de otra manera, para dejar una herencia que en el futuro facilitara recomponer frentes de lucha.

Del marxismo clásico a su versión ecologista

Voy a limitarme en estas líneas a señalar cómo veo yo el itinerario que le llevó del comunismo marxista al ecosocialismo. Sacristán veía en el marxismo un buen marco conceptual y teórico para interpretar la dinámica capitalista de explotación, acumulación y enajenación. Pero le preocupaba la degeneración sociopolítica de la URSS y los países de su órbita de influencia, y buscaba una explicación de ese fenómeno para no repetirlo y para diseñar una estrategia de emancipación real. La falta de maduración económica, social y cultural de una sociedad anclada en el pasado feudal y el cerco hostil de las potencias



capitalistas empujaron a concentrar los esfuerzos del nuevo régimen en una industrialización acelerada para estar en condiciones de defenderse de los ataques —incluidos los militares— del capitalismo internacional. El régimen se endureció y militarizó. Y todo se agravó debido a los rasgos tiránicos y paranoides de Stalin.

El socialismo soviético, por todo ello, resultó un engendro que no cumplía —pese a algunos méritos logrados— las condiciones mínimas para considerarlo un paso real en el camino hacia la emancipación humana. Sacristán empezó a intuir que el problema no estaba solo en la esfera política y en las relaciones de producción, sino también en las fuerzas productivas. Y que no bastaba con destruir las relaciones capitalistas de producción y sustituirlas por otras comunistas: no bastaba con colectivizar la propiedad y democratizar la vida económica y política. Había que transformar también las maneras de producir. Sacristán empezó a pensar en otros términos, que se le fueron aclarando a medida que conocía el ecologismo incipiente de los años sesenta del siglo xx. Un punto crucial de esta evolución intelectual fue la lectura del informe *Los límites al crecimiento*, del equipo de Donella Meadows, patrocinado por el Club de Roma y publicado en 1972, así como de la literatura ecologista que estaba entonces en sus comienzos.



76

Un metabolismo insostenible lleva a una crisis de civilización

El capitalismo se había implantado transformando el metabolismo con la naturaleza. Sacristán vio que el socialismo soviético se basó en la imitación de ese metabolismo insostenible y depredador y empezó a intuir que la crisis del capitalismo no tenía solo un carácter distributivo, de las relaciones de producción, sino que afectaba también a la esfera productiva, del metabolismo socio-natural. Y que las dificultades y fracasos del capitalismo tenían un elemento común con los de los experimentos socialistas ensayados hasta entonces. Se trataba, a su juicio, de una «crisis de civilización» que afectaba al Este y al Oeste, al capitalismo y al socialismo entonces existente. La salida tenía que contemplar, pues, no solo una revolución en el sistema de la propiedad, sino también en las fuerzas productivas, que debían recuperar un metabolismo sano, no depredador de la naturaleza sino respetuoso con ella.

Sacristán no compartía la idea, defendida por algunos pensadores de la derecha, de la «convergencia de ambos sistemas». La raíz del mal, para él, era el capitalismo, por su tendencia incesante a la acumulación de capital y al crecimiento. El socialismo había sido mimético, no había tenido ni imaginación, ni capacidad, ni fuerza para hacer otra cosa que imitar los modos de trabajar, producir y consumir de un sistema que parecía estar mejorando la vida de los

seres humanos, el sistema capitalista. Rusia, industrialmente atrasada, parecía no poder hacer otra cosa que imitar a los países de Occidente, que encarnaban el progreso.

La salida había de ser abandonar el capitalismo y adoptar una alternativa socialista, colectivista, con una distribución de la propiedad tendente al igualitarismo y con algún tipo de planificación. Pero había de ser un socialismo distinto, con fuerzas productivas distintas, basado en un metabolismo transformado, en la reparación de los daños ecológicos causados por la dinámica capitalista —como ya había visto Marx— y en el respeto de la biosfera como fuente de vida, bienestar y riqueza para la humanidad.

De la sociedad de consumo a la austeridad

Sacristán asumió la crítica ecologista del consumismo, que convertía a buena parte de la población en cómplice involuntario de la devastación de la biosfera. Comprendió que estábamos superando los límites aceptables de aprovechamiento de los recursos naturales, como había señalado el informe Meadows, y que de no rectificar íbamos al colapso civilizatorio. Por eso tenía muy claro que era deseable la austeridad, la contención, la frugalidad, y le despertó un enorme interés el discurso del secretario general del Partido Comunista Italiano, Enrico Berlinguer, en 1978, bajo el título «La austeridad, ocasión para transformar Italia». No fue para él un detalle menor, sino todo lo contrario, que fuera el máximo dirigente del partido obrero más importante de Occidente quien ponía sobre la mesa este tema clave, tema que contenía *in nuce* una reconsideración radical del pensamiento obrerista y comunista que por desgracia no prosperó. La indiferencia con que la izquierda sindical y política recibió el mensaje de Berlinguer, dentro y fuera de Italia, confirmaba la hegemonía capitalista-consumista sobre las poblaciones de los países más adelantados y ponía de relieve la dificultad que iba a tener cualquier intento de construir un bloque social capaz de asumir el combate por una salida ecosocialista.

Detrás de todo esto Sacristán veía más cosas. Se preguntaba si no había que mirar más lejos y situarse en un plano ya no solo sociopolítico, sino también antropológico, visible asimismo en su interés por culturas alejadas de la nuestra, como la del jefe apache Gerónimo, del que publicó una biografía ampliamente anotada. La especie humana —dijo en las Jornadas de Ecología y Política celebradas en Murcia en 1979— es la especie de la *hybris*, el exceso, la desmesura. Y cuando el exceso y la desmesura se instalan en las estructuras que gobiernan las sociedades, se restringe la eventual capacidad para controlar esas fuerzas y neutralizar su peligrosidad. Eso es justamente lo que ocurre bajo el capitalismo, en el que la codicia, en lugar de un vicio, se considera una virtud que, además, gobierna las estructuras económicas. La esfera política o



pública está sometida al poder del dinero; se otorga a la oligarquía del dinero el poder de dirigir la economía bajo la guía del máximo beneficio privado.

Estas aportaciones indican, a mi juicio, que la incorporación del punto de vista ecológico en su pensamiento, lejos de obedecer a una moda o a factores ocasionales, era para Sacristán un desarrollo orgánico muy personal de su reflexión.

Hacia una síntesis de rojo, verde y violeta

Calificó el ecologismo de *autocrítica de la ciencia moderna*. Se inspiró en pensadores como Barry Commoner y Wolfgang Harich y detectó en la obra de Marx y de Engels la existencia de importantes atisbos ecológicos, como el uso del término *metabolismo*, y no en escritos menores o en papeles inéditos, sino en *El capital* mismo. O como lo que Marx llamó *fractura metabólica* de la agricultura de su época por no restituir a la tierra los nutrientes para mantener su fertilidad. Estas y otras observaciones hacen de Marx un economista muy distinto de los economistas clásicos en el sentido de que, aunque de manera solo incipiente, incorporó al conocimiento económico la consideración de los flujos biofísicos y las condiciones ecológicas de la producción económica. Por esta lectura de Marx, atenta a detalles no reconocidos en casi ningún pensador de la tradición marxista, se puede considerar a Sacristán uno de los pioneros de esta corriente de ampliación y actualización del marxismo que hoy podemos llamar *ecomarxismo*, fundamento teórico del *ecosocialismo*.

En los últimos años de su vida se dedicó a impulsar la fusión o síntesis del marxismo clásico con el feminismo y el pacifismo y no solo con el ecologismo. Dedicó una atención particular al papel de la mujer en la sociedad y en la revolución. Ya Fourier había dicho que el nivel de civilización de una sociedad se puede medir por su manera de tratar a las mujeres. Sacristán contó con la influencia de su esposa, Giulia Adinolfi, hispanista italiana y militante comunista, que reflexionó y publicó sobre el feminismo, y en particular sobre el que luego se llamó feminismo de la diferencia. El feminismo predominante era —y es— «de la igualdad»: se propone ante todo luchar por la igualdad de derechos entre mujeres y hombres. Pero el papel de la mujer en la historia se puede ver también de otra manera: como portadora de valores que, más allá de su asignación exclusiva a un género, deben generalizarse a todos los seres humanos. Es otra cara del feminismo, complementaria de la anterior. Los valores «de la positividad, de la continuidad nutricia, de la medida y el equilibrio —de la “piedad”— son en nuestra tradición cultura principalmente femenina», afirma, en apoyo de la idea de Wolfgang Harich de que hace falta «la feminización del sujeto revolucionario».

En su actualización del marxismo, Sacristán incorporó también una reconsideración del papel de la violencia en la historia. En todas las versiones



del socialismo la paz había sido un valor fundamental. Las masas populares siempre han sido las primeras víctimas de las guerras, que suelen estallar por ambiciones de los poderosos. La exaltación del heroísmo revolucionario en la lucha armada ha sido ocasional y asociada al espíritu de resistencia frente a la opresión y la violencia reaccionaria. Pero además, en la segunda mitad del siglo xx hubo al menos dos momentos —la instalación de misiles soviéticos en Cuba en 1962 y la de misiles de crucero de la OTAN en Europa central en los años ochenta— que generaron un riesgo real de guerra nuclear. El historiador marxista británico Edward Thompson acuñó el término *exterminismo*, que Sacristán asumió para referirse al juego irresponsable de amenazas —hasta la posible extinción de la humanidad— que tuvo lugar en aquellos años. La magnitud de la amenaza que supone una guerra nuclear cambia las dimensiones y el carácter mismo de la guerra, obligándonos a una reconsideración del papel de la violencia en la sociedad. Sacristán inició una reflexión al respecto que no tuvo tiempo de desarrollar. Es una tarea que tenemos pendiente y que, en los tiempos que corren, con una Rusia belicosa que se siente acorralada y una hostilidad creciente de los Estados Unidos contra China, cobra una nueva y angustiosa actualidad. Es particularmente inquietante que la creciente superioridad económica de China —que Estados Unidos no parece poder disputar— empuje a este país a llevar la rivalidad al terreno militar, en el cual sí tiene posibilidades de sobreponerse, aunque sea al coste de un desastre del cual no escaparía nadie.

Todas las consideraciones anteriores llevaron a que la revista *mientras tanto*, que Sacristán, con Giulia Adinolfi, creó en 1979, se definiera por cuatro colores: rojo, verde, violeta y el blanco de la paz. Detrás de esta paleta cromática estaba el proyecto de actualización del marxismo que representa la herencia que nos ha dejado Manuel Sacristán.

Apuntes muy actuales para una alternativa futura

Termino con unas pocas observaciones dispersas sobre cómo imaginó, en sus últimos años, ese nuevo socialismo ecológico que podría ser una alternativa al capitalismo y al productivismo. Valoraba la organización comunal o comunitaria y el cooperativismo como lo más coherente con la proximidad a la tierra y con condiciones de sostenibilidad ecológica. Habló de «federación de comunidades». Valoraba asimismo la existencia de un poder político como esfera de protección de los derechos y libertades frente a los peligros de disgregación individualista y como medio de autodefensa ante la violencia armada reaccionaria. Finalmente, habló de la necesidad de una «conversión» (en un sentido, dijo, parecido a la conversión religiosa) a unos nuevos valores de frugalidad solidaria. En este punto creo que fue también lúcido, aunque confusamente,



porque, para el marxismo en cualquiera de sus versiones, el «hombre nuevo» nunca se ha visto como condición previa de la revolución, sino como resultado de esta (aunque con matices, pues se pide a los luchadores que encarnen ya en la vieja sociedad los valores de la nueva, tema que Gramsci recuperó al preconizar la lucha por la hegemonía cultural y moral como factor en la lucha por el poder). Por esta razón siempre he creído que la idea de una conversión personal era una confesión de desesperanza. No obstante, la época de dificultades económicas que se anuncia con el agotamiento de los combustibles fósiles, la emergencia climática y, en general, la crisis ecológica, puede conducir a situaciones sociales tan difíciles que empujen a las mayorías sociales a comprender que la opulencia y el consumo excesivo e insostenible de este último siglo —aunque beneficie solo a unos pocos— ya no volverá, y que la sociedad deberá reconstruirse sobre una nueva base, en que el ser humano sea frugal, amigo de la Tierra y solidario con los demás. Es plausible, pues, que se produzca una «conversión», como intuyó Sacristán, aunque inducida por unos factores objetivos que él no podía adivinar pero que hoy se atisban en un horizonte no lejano. ★

